

VIDA MANCHEGA

nos intrigó más en aquella fiesta, en que la animación y la alegría serán falsas seguramente pero siempre existen.

Hemos dudado unos momentos mientras contemplábamos el grupo seductor, y por fin, con esa liberalidad que es un encanto más de este Madrid encantador, nos hemos acercado al grupo.

Me he dirigido yo á la rubia.

—¿Señorita, quiere usted bailar?...

—No;— me ha contestado sin desdén—no puedo bailar, no deseo bailar. Le agradezco la invitación pero no bailo.

Mi amigo no ha tenido tan mala suerte como yo, y ahora se dispone á entregarse á la danza con su linda pareja. Me he quedado solo con ella. Me encuentro cortado. Una señora de media edad, sentada cerca,—su madre seguramente—me mira con ojos inquisitoriales. Balbuceo unas palabras...

—Señorita, ya que no bailar, permítame al menos que aguarde a su lado el regreso de mi amigo. Charremos si á usted no le disgusta mi compañía.

Ha sonreído, é interpretando su sonrisa como una aprobación, me he sentado en la silla que dejó vacante su amiga. Hay un silencio trágico que me azara más de lo que estoy, y por fin he dicho:

—¿Por qué no desea usted bailar?...

—Nunca he sido aficionada al baile. Se hacerlo como todas las mujeres, pero se muy poco y no me gusta ponerme en ridículo. No me gusta el baile, la música sí; mucho, muchísimo...

Ha puesto en este «muchísimo» su alma entera, que por un momento ha asomado a la dormida esmeralda de sus ojos.

Después han sonado las primeras notas de un pasodoble ramplón y callejero y mi desconocida interlocutora, ha vuelto á dormir sus pupilas verdes bajo el cobijo misterioso de sus largas pestañas. Se ha inclinado hacia la música como si algo muy íntimo la llamara. Tiene todo su ser recogido, pendiente de los platillazos de la música infernal, y siento yo la sensación de que en este momento no se acuerda de mi pobre existencia para nada...

Aguardo pacientemente su vuelta á la realidad algo embarazado con mi difícil situación enfrente de la linda desconocida, y cuando de nuevo cesada la música ha levantado sus ojos, y las pupilas más brillantes, casi con el brillo de las lágrimas han aparecido debajo, he dicho.

—Pero tanto le gusta a usted la música?...

—¡Tanto!

—¿Aun cuando sea tan vulgar y tan ramplona como este pasodoble que acabamos de oír?

—Aunque sea tan vulgar y tan ramplona como usted dice...

...Y al decir esto, las dos lágrimas que se estaban cuajando en los verdes ojos, descendieron blancas, pasadas, hacia las rojas comisuras de la boca, contraídas ya con amarga expresión de llanto.

Me he azarado de nuevo, y casi ininteligiblemente balbuceo...

—¡Perdón señorita!... Comprendo que he cometido una gran torpeza. La he visto a usted recogerse en sí misma, estar tan atenta, tan arrobada, pendiente de es-

ta música, que he debido comprender que en ella había para usted algo más interesante que su afición... No se llora tan fácilmente con la música.

—¡Oh sí! se llora muchas veces con la música... ¡muchas!...

—Merece una explicación lo pasado. Yo soy muy aficionada a la música, es verdad; pero como usted ha dicho, en esta ocasión había para mí en ella, algo más que la simple afición... Es una historia algo triste, y que además probablemente le interesará a usted poco... Hace ya unos años que yo tuve un amor, un amor que duró muy poco tiempo, muy poco. Yo entregué mi corazón para siempre, a un oficial de Infantería que también me juró eterno amor. Vivimos felices unos meses. Al cabo de este tiempo, no sé, allá en Africa, surgió una guerra; fué destinado allí el regimiento de mi novio... Yo ví marchar la tropa tras nuestra tierna despedida;... pasaron ante mí los soldados, los pobres soldados que iban a tierras extrañas a buscar una muerte o una oscura gloria;... pasó también la bandera dando a los aires el triunfo de la majestad de sus colores;... pasó también mi novio; a un lado de la bandera, de los soldados... Me dijo adiós con la mano... Con la mano y con los ojos hubo de ser, que en él como en mí, el corazón seguramente se nos subió a los labios y nos dejó sin habla... Y al frente del regimiento, para mayor escaño de alegría en medio de mi tristeza, desfiló la banda del regimiento, tocando ese pasodoble vulgar y ramplón que usted acaba de oír...

—...¿Y su novio?...

—No volvió.— Conió tras una pausa.— Héroe anónimo, en los campos de Africa quedó muerto como tantos otros, lejos de sus madres, de sus hermanas, de sus novias...

...Y las dos lágrimas vuelven a descender lentamente hasta las rojas comisuras, contraídas de nuevo en otra dolorosa mueca de llanto.

No sé si ha sido la conmiseración, su pena, su inmensa ternura, quizás el descubrir un alma inmensa en aquél ambiente encanallado, lleno de risas y desprecupaciones, lo que ha desatado mi lengua y mi corazón en frases de cariño para la dolorosa del Amor, de pupilas de esmeralda dormidas y serenas. Lo cierto es que, precipitadamente, pasado el primer momento de estupor tres de la anonadante confesión, la he hecho promesas de cariño, juramentos eternos, queriendo llenar con mi ternura improvisada, el inmenso vacío de ternura de su alma...

Ha escuchado mis palabras sin responder, como atraída, con los párpados bajos, arreboladas de carmín sus pálidas mejillas, y por fin la he dicho:

—¿Cuándo llegará usted á quererme?...

—Cuando la emoción del recuerdo de esta noche, borre en mí la amargura del pasado. Cuando pueda escuchar sin conmoverme, ese pasodoble ramplón y vulgar que me ha hecho llorar esta noche.

Ciudad Real 7 de Agosto de 1915.